

Reseña

Gramling, David. *The Invention of Monolingualism*. Nueva York: Bloomsbury, 2016.

Tomás Espino Barrera¹

Desde los años 90, el “giro multilingüe” en lingüística y literatura comparada ha puesto el acento en los procesos de adquisición de lenguas extranjeras, la traducción y la literatura escrita en una segunda lengua o en una mezcla de lenguas. Paralelamente, los planes de estudio a todos los niveles han hecho del bilingüismo el objetivo educativo número uno, el aprendizaje de la lengua se ha presentado como la clave de la integración de los inmigrantes y el flujo constante de lenguas se ha convertido en el engranaje indispensable del funcionamiento de las sociedades y las economías abiertas así como de instituciones como la Unión Europea. Globalización y multilingüismo parecen hoy en día términos sinónimos. Los monolingües se han convertido, a ojos de la sociedad, en los analfabetos del siglo XXI.

Mientras proliferan las publicaciones sobre multilingüismo, su aparente opuesto, el monolingüismo, apenas ha recibido atención y se ha percibido únicamente como la fase previa del ciudadano global y políglota. Pero, ¿qué significa realmente *ser monolingüe*? ¿Es una condición que ha existido siempre? ¿Es tan negativo como parece? ¿Cómo se ha expresado el monolingüismo en la literatura, la economía o la política? Y, sobre todo, ¿vivimos verdaderamente en la época del multilingüismo? David Gramling, profesor del Departamento de alemán de la Universidad de Arizona, se plantea todas estas preguntas en *The Invention of Monolingualism*, tratando no ya de “desenmascarar un mito”, puesto que numerosos lingüistas han insistido desde hace años en la imposibilidad de la

¹ **Tomás Espino Barrera** es licenciado en Traducción e Interpretación y en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad de Granada. Actualmente es investigador predoctoral FPU en esta misma universidad, donde desarrolla su tesis sobre exilio y multilingüismo en la literatura europea. Ha publicado diversos trabajos sobre Jorge Semprún y el multilingüismo literario.

existencia de lenguas puras sin contacto con otros idiomas o sin diversos registros de habla, sino más bien de señalar un término no marcado como un potente sistema discursivo históricamente determinado, al igual que anteriormente fueron señalados términos como “blanco”, “masculino” o “heterosexual”.

Para Gramling, este sistema discursivo nace en el siglo XVII no como la pretensión de que una lengua pudiera ser superior o preferible a otra, sino como la innovadora idea de que cualquier cosa puede ser hecha, dicha, o entendida en un solo idioma. Para ello, las lenguas comienzan a entenderse de manera separada y cuantificable –cada una con una gramática y ortografía propias y consistentes–, es decir, como entidades discretas e intrínsecamente equivalentes o traducibles. El monolingüismo así entendido se convirtió rápidamente en una herramienta de alfabetización masiva, en vehículo de las ideas de la Ilustración, en catalizador de la difusión de disciplinas científicas modernas y en facilitador de la expansión de las economías de mercado. En definitiva, cada lengua tomada individualmente se convirtió en la era del monolingüismo en un instrumento capaz de abarcar todo el globo y todo el pensamiento del hombre.

Por supuesto, aparte de sus efectos positivos anteriormente señalados, el monolingüismo posee un elevado coste: pérdida de lenguas minoritarias, problemas en integración escolar de minorías inmigrantes, y, sobre todo, pérdida en la diversidad de significados. Si aparentemente la globalización se caracteriza por el multilingüismo, este tráfico constante de lenguas lleva en los últimos años irremisiblemente hacia un empobrecimiento semántico, es decir, hacia un multilingüismo «blando» en el que se dice lo mismo en todos los idiomas posibles. Utilizando la distinción entre “glosodiversidad” (diversidad de códigos lingüísticos) y “semiodiversidad” (diversidad de significados) del lingüista M. A. K. Halliday, David Gramling lleva a cabo una “crítica de la razón multilingüe” al llamar la atención sobre el ascenso del multilingüismo basado en un modelo de glosodiversidad que ignora la semiodiversidad. Para los críticos de los excesos del “giro multilingüe” como Gramling, este tipo de supuesto multilingüismo disfrazaría una perspectiva totalizadora: la posibilidad de una traducción perfecta casi siempre al servicio de una mayor eficiencia y extensión del capitalismo

occidental bajo el barniz de una apertura desinteresada a la diversidad de lenguas y culturas.

The Invention of Monolingualism estudia en cada uno de sus cuatro capítulos cómo el monolingüismo ha ejercido su potente e invisible influencia sobre la lingüística aplicada, los estudios literarios, el paradigma de la literatura mundial y la política de extranjería. Aunque sus ejemplos y análisis se centran en su mayoría en el ámbito de lengua alemana y turca, el monográfico de Gramling podrá interesar a especialistas procedentes de la lingüística, cualquier filología, los estudios culturales, la literatura comparada y los estudios de traducción.

El primer capítulo analiza cómo el monolingüismo, lejos de ser una fantasía romántica del pasado, está más presente que nunca en el mundo globalizado. Al acuñar el término de “paradigma postmultilingüe”, Gramling sugiere que el desarrollo de herramientas de traducción automática basada en corpus desde finales de los 90 y el comienzo de la depreciación de las habilidades lingüísticas en el mercado de trabajo marcan una época en la que es posible decirlo todo en cualquier lengua, pero siempre siguiendo una lógica de mercado que trata de reducir los posibles problemas de eficiencia derivados de la semiodiversidad o multiplicación de significados. Este fenómeno da paso incluso a una nueva subera del antropoceno, el “linguaceno”, en el que el multilingüismo algorítmico ejerce el control primario de las manipulaciones humanas del mundo natural.

En su segundo capítulo, Gramling explora cómo la invención del monolingüismo a comienzos de la edad moderna corre pareja al desarrollo en la música del buen temperamento (precursor del temperamento igual). Del mismo modo que Bach pudo, sirviéndose de las nuevas técnicas de afinación, componer obras como *El clavecín bien templado* haciendo uso de todas las tonalidades mayores y menores de la grama cromática, el monolingüismo trata de eliminar las disonancias (o intraducibles) entre lenguas al favorecer un modelo de traducibilidad universal en el que es posible decirlo todo en la misma lengua. Gramling ilustra esta original comparación con el obstinado monolingüismo literario del cotidianamente multilingüe Kafka, sobre todo a través del episodio de *América* en el que su joven protagonista, Karl Rossner, aprende inglés al mismo tiempo que aprende a tocar el piano.

El tercer capítulo entra de lleno en los debates recientes en torno a la lengua y la traducibilidad en la literatura mundial. Para ello, Gramling estudia cómo el mercado literario impone modelos de multilingüismo blando en los que los autores han de demostrar su “identidad cultural” de manera a la vez reconocible y fácilmente traducible en serie a todos los idiomas del globo. De este modo, el capítulo llama la atención sobre la trayectoria de autores como Junot Díaz o Feridun Zaimoğlu, que se dieron a conocer precisamente por lo contrario: una mezcla de códigos y una complejidad lingüística y referencial difícilmente traducibles. Sin embargo, estos autores, tras firmar jugosos contratos con grandes editoriales de proyección internacional redujeron sustancialmente su grado de experimentación translingüística para limitarse a utilizar un vocabulario y unas imágenes globalmente traducibles y reconocibles. La “aburrida novela global” de la que ya hablaba Tim Parks, escrita desde la primera página para ser traducida en serie, evita de este modo tanto los juegos de palabras como las referencias locales –e incluso los nombres de personajes difíciles de pronunciar para el público extranjero– en favor de la utilización industrial de tropos universalmente reconocidos como “literarios” y una concienciación política en favor de la “paz mundial”.

El último capítulo se centra en la relación institucional entre monolingüismo y política, y, especialmente, en el debate sobre el derecho de extranjería en Alemania. Desde finales de los años 90, el modelo de adquisición de ciudadanía en Alemania ha pasado de un modelo étnico-nacional –el *ius sanguinis*– en el que se privilegiaba el acceso a la ciudadanía a los descendientes de alemanes, independientemente de su grado de integración en la sociedad y en la cultura alemanas, hacia un modelo lingüístico-cultural, que Gramling denomina como *ius linguarum*, en el cual el dominio de la lengua del país de acogida aparece como la puerta de acceso a la ciudadanía y a la integración social y laboral de los extranjeros. El monolingüismo se presenta por tanto como una meta neoliberal que asegura la igualdad de oportunidades legales y económicas.

El trabajo de Gramling, mediante un enfoque transdisciplinar que se ajusta a su a la vez vasto y escurridizo objeto de estudio, constituye el primer intento de abordar el monolingüismo no como una carencia o una cerrazón nacionalista y

xenófoba sino como un discurso sutil de globalidad y equivalencia cuyos complejos efectos se extienden a la literatura, la economía y la política. Sin embargo, además de visibilizar el monolingüismo y poner en valor algunos de sus aspectos, *The Invention of Monolingualism* es una celebración (o más bien una elegía) del multilingüismo semiodiverso, aquel que no cesa de fascinar y sorprender en su complejidad significativa que se resiste a ser reproducida en serie por la lengua única y el pensamiento unívoco.